



LECCIÓN 212~ Sexto Repaso
[192] Tengo una función que Dios quiere que desempeñe.

Comentario de Sarah:

Cada vez se nos da menos estructura a medida que avanzamos en el Libro de Ejercicios. Se nos dice que esta falta de estructura nos ayudará a **"ir más de prisa por una senda más corta que nos conduce a la serenidad y a la paz de Dios."** (L.RVI.4.2) Nos ayudará a prepararnos para la creciente falta de forma de la Segunda Parte del Libro de Ejercicios. El Curso no tiene que ver con rituales. La razón de la estructura en las primeras Lecciones es ayudar a disciplinar la mente, ya que es algo a lo que no estamos acostumbrados. Estamos acostumbrados a dejar que la mente se entretenga con pensamientos aleatorios durante el día y la noche.

La estructura de la Primera Parte del Libro de Ejercicios nos ayuda a ser conscientes de la resistencia que tenemos a despertar de este sueño, medida por la resistencia que tenemos a hacer las Lecciones tal y como están establecidas. A medida que avanzamos en nuestro día, podemos observar cuánto no queremos seguir la práctica propuesta, lo que también revela el alcance de nuestro miedo y los problemas que podríamos tener con la "coerción" percibida. El ego se resiste a que le digan lo que tiene que hacer. Refleja nuestro problema de autoridad, donde queremos tener el control de nuestra propia vida y mantener nuestro falso yo separado.

Comenzamos nuestra práctica con el pensamiento del día y luego esperamos en silencio a que la verdad se manifieste en nuestra mente. Ahora confiamos más en el Espíritu Santo para que nos guíe durante el tiempo de práctica. Jesús nos pide que pongamos cada sesión de práctica en Sus manos y que, al principio, le dediquemos todo el Repaso. Es realmente una dedicación a nuestro Ser. Buscamos cada vez más ser guiados a lo largo del día desde nuestro interior. Los sentidos fueron hechos para mantener nuestra atención en el exterior. Es para pasar el día en búsquedas que pensamos que atenderán a nuestros intereses personales. Pero ahora nos preguntamos cada vez más en todo lo que hacemos en el día: **"¿Para qué es?"** (L.96.6.5) Esto nos ayuda a mantenernos centrados en nuestro propósito, que es estar conectados con el Espíritu Santo en todo lo que hacemos y alinearnos con nuestra meta o aspiración espiritual. Pasamos el día pidiendo guía. **"¿Qué quieres que haga? ¿Adónde quieres que vaya? ¿Qué quieres que diga, y a quién?"** (L.71.9.3-5)

Hoy repasamos la lección 192, **"Tengo una función que Dios quiere que desempeñe"**. (L.192) No importa cuál sea el trasfondo de nuestra función. Ya sea una ama de casa, un carpintero, un peluquero, un profesor, un corredor de bolsa, un fotógrafo, o si no tenemos ningún papel formal en el mundo, el contenido de nuestra función es siempre el mismo. Es hacer el trabajo del perdón permaneciendo vigilantes en la observación de nuestros pensamientos y liberando cualquier obstáculo al amor que aparezca en nuestro día. Siempre que estamos molestos, sabemos que hemos elegido al ego como nuestro guía para ver y ahora proyectamos los

juicios de nosotros mismos y los vemos en el mundo. Pero no debemos juzgarnos por nuestros juicios. El ego aprueba la autoflagelación. En cambio, se nos pide que miremos nuestros disgustos y ataques y recordemos que no hemos cambiado. Seguimos siendo inocentes. Simplemente observa lo que surge en la mente a lo largo del día y reconoce que debes haber elegido equivocadamente siempre que no estés en paz. Ahora puedes hacer otra elección. Es realmente muy sencillo. Lo único que lo hace difícil es si creemos que somos nosotros los que debemos arreglarnos. Cuando entregamos el malestar al Espíritu Santo, lo dejamos ir y está hecho. Nos unimos a Él en la mente recta.

Cada encuentro que tenemos en nuestro día tiene el potencial de ser un encuentro santo. Nuestra función es ser felices y extender esa felicidad haciendo brillar nuestra luz para que todas las personas con las que nos encontremos, o incluso en las que pensemos, sean bendecidas por nuestra plenitud. Cuando no es así, rápidamente hacemos una restauración trayendo a la luz nuestros resentimientos y pensamientos de superioridad y especialismo. Ver la igualdad en nuestros hermanos es un reflejo de la Unicidad de la Filiación.

No podemos evitar extender la dicha que hay en nosotros a los demás, ya que la dicha no se puede contener. Sin embargo, llegar a esta meta requiere vigilancia y dedicación para observar nuestros pensamientos y sustituir los que nos alejan de la paz por los pensamientos de Dios. No hay cosas grandes o pequeñas que traigan angustia. No hay grados de dificultad en la ilusión. Todos los problemas son iguales, independientemente de su aparente tamaño y alcance. Todos son ilusorios. Cualquier angustia, por grande o pequeña que sea, bloquea nuestra paz y nuestra alegría, y así, **"Cuando la tentación te asedie, apresúrate a proclamar que ya no eres su presa, diciendo: No quiero este pensamiento. El que quiero es _____ (Inserta el pensamiento del día)".** (L.RVI. IN.6.1-2) Es un proceso tan eficaz cuando se practica con sinceridad y voluntad.

Hace algunos años estuve practicando esta Lección y me encontré con cierta angustia en medio de la noche, pues acababa de recibir una llamada de mi madre en la que se encontraba con un dolor tremendo y necesitaba una ambulancia. Me di cuenta de que, a pesar de mis intentos de llegar a la paz, mis pensamientos se volvieron muy arraigados y obsesivos. A medida que aplicaba estas palabras y los pensamientos relacionados con la situación y pedía ayuda para no utilizar esta situación para alejarme de la paz que hay en mí, encontraba cada vez más momentos de respiro de los caprichos del ego. Mi mente comenzó a liberarse del aparente férreo control que me mantenía prisionera. El Espíritu Santo es la puerta de la liberación. Él nos proporciona una libertad ilimitada, pero debemos elegir ir a donde Él está. Esto significa dejar atrás los pensamientos que nos atormentan. Estos pensamientos no tienen ningún poder que no estemos dispuestos a otorgarles.

Encuentro que una práctica útil en cualquier angustia es descansar la mente y liberar la historia que la mente está creando sobre la situación. Esto significa elegir no escuchar la versión del ego de los acontecimientos. Me recuerdo a mí misma que el guión está escrito y que todo se desarrolla en el orden divino correcto. Permito mis sentimientos sin negarlos, reprimirlos o proyectarlos. Pido al Espíritu que me ayude a ver lo que necesito ver en esta situación. No es útil tratar de meditar para salir de lo que sentimos. No tratamos de salir de los sentimientos, ni los consentimos, sino que permitimos los sentimientos y los observamos sin juzgarlos, estando dispuestos a dejarlos ir. Confiamos y descansamos en Dios, sabiendo que todo está bien.

La separación del amor que somos es el único problema que tenemos, y sólo hay una solución. Perdemos mucho tiempo y energía rumiando pensamientos angustiosos. El ego quiere que responsabilicemos a los demás de cómo nos sentimos. Los juicios y los resentimientos son el jugo

del ego. En algún nivel, necesitamos que los demás paguen el precio cuando los vemos como la causa de nuestra angustia. La realidad es que, si no tenemos paz, la estamos desechando y haciendo a otro responsable de habérsela quitado. Sólo nuestros propios pensamientos causan nuestra angustia. Nunca se trata de nada ni de nadie fuera de nosotros. Debemos asumir la responsabilidad de nuestras propias percepciones erróneas.

¿Por qué la resistencia? Hay muchas razones. Una de ellas es que queremos que los demás sean responsables de nuestro estado para poder considerarlos culpables. Enterramos la verdad sobre nosotros mismos bajo capas de culpa y luego enterramos la culpa bajo el especialismo. Ahora se nos invita a ir a nuestro interior para descubrir la culpa en la mente. El ego nos dice que no vayamos a nuestro interior, ya que allí todo está oscuro. Por eso preferimos ver el pecado y el asesinato a nuestro alrededor, pero no en nosotros. Esto da lugar a la "**cara de inocencia**". (T.31.V.2.6) (ACIM OE T.31.V.44) Los demás se convierten ahora en los símbolos de nuestros pecados. Los condenamos por lo que odiamos en nosotros mismos. Elegimos ver la causa de nuestros problemas fuera de nosotros mismos, y ahora tratamos de resolver estos problemas tratando de cambiar las cosas en el mundo. Hemos llegado a creer que esta es la manera de salir de nuestras dificultades, en lugar de llevar nuestro sistema de pensamiento erróneo y basado en la culpa a la verdad. La culpa es el origen de todos los problemas que parece que tenemos, y por tanto la respuesta es siempre la misma, independientemente de la forma que adopte el problema.

Jesús nos dice que "**la ira nunca está justificada**". (T.30.VI.1.1) (ACIM OE T.30.VII.70) Nos enfadamos cuando no nos salimos con la nuestra e insistimos: "**¡Lo quiero así!**" (T.18.II.4.1) (ACIM OE T.18.III.17) ¿Qué quiere el ego? Quiere hacer realidad nuestras fantasías y nuestros deseos de cómo deberían ser las cosas en el mundo. Y cuando no son como él quiere, se molesta. La naturaleza y el grado del disgusto no importan porque un disgusto aparentemente pequeño sigue bloqueando la paz en nosotros. Cuando estamos molestos, queremos ver a los demás culpables para poder sentirnos inocentes. Por eso se han hecho diferencias en la forma de los específicos. La culpa debe aplicarse específicamente a los "malhechores", a quienes vemos como la causa de nuestros disgustos. Entonces reclamamos la inocencia para nosotros a costa de nuestros hermanos. Creemos que ahora Dios les castigará por sus pecados, mientras que nosotros, como parte inocente y perjudicada, quedamos impunes. No es la verdadera inocencia lo que conseguimos con esta artimaña. La verdadera inocencia sólo llega a través del perdón, y el perdón requiere que asumamos la responsabilidad de nuestra percepción e interpretación de todo lo que parece estar sucediendo. El mundo no es más que una "**imagen externa de una condición interna**". (T.21.IN.1.5) (ACIM OE T.21.I.1) Siempre es la culpa en la mente la que vemos proyectada en el mundo. La imagen sólo cambiará cuando nuestra mente se cure de la culpa. La mente es la causa y el mundo es el efecto de nuestros pensamientos.

No hay nada más satisfactorio que experimentar el milagro que cambia nuestra percepción. El milagro sólo se experimenta a través del perdón. Todos queremos experimentar la vida con sentido y propósito. Todo el mundo quiere esta experiencia. En esta lección, Jesús dice que todos tenemos una función significativa que Dios quiere que desempeñemos, y es la función del perdón. Sin importar lo que hagamos en la forma; la función del perdón siempre está ahí para ser cumplida. Cuando realizamos nuestra función de perdón de forma consistente, la culpa en la mente se libera, y experimentamos alegría, amor, risa y libertad en nuestras vidas. El perdón nos libera de todas las vanas ilusiones del mundo. Este es el único camino hacia la libertad, liberándonos de las cadenas del ego que nos atan al pecado y a la culpa. Jesús nos insta a aceptar esta función en nombre de nuestra propia libertad. En ella está nuestra alegría. Así, el perdón es un regalo para nosotros mismos. Es lo más cerca que podemos estar del Cielo en la tierra. El perdón es una forma terrenal de amor, ya que refleja el amor de Dios.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca